



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

PONENCIA

José Miguel Garrido Miranda

Facultad de Filosofía y Educación

Hay épocas en que la historia avanza lentamente. Y hay otras en que parece acelerarse hasta el punto de modificar, en apenas unos años, aquello que durante siglos parecía inmutable. Sin duda, estamos viviendo precisamente uno de estos momentos.

Vivimos tiempos convulsos. Tiempos de incertidumbre. Paradójicamente, nunca la humanidad había acumulado tanto conocimiento científico, tanta capacidad tecnológica y tanta riqueza material y, sin embargo, convivimos con una realidad marcada por las guerras, la crisis climática, la polarización, la desinformación, el retroceso de la democracia, la desconfianza en las instituciones y personas, el aumento de la soledad y la persistencia de desigualdades sociales estructurales interseccionales.

Las cifras son elocuentes. A nivel global, más de 700 millones de personas viven en condiciones de pobreza extrema, el desplazamiento forzado por conflictos y persecuciones afecta ya a 120 millones de personas. La temperatura media global continúa aumentando y los fenómenos climáticos extremos se vuelven cada vez más frecuentes. Gran parte de los sistemas educativos y de salud pública nacionales parecen estar agotados y no logran responder a las expectativas colectivas o individuales.

Los regímenes autoritarios y populistas de uno u otro lado del espectro ideológico campean por todos los continentes. Al mismo tiempo, la inteligencia artificial y otras tecnologías avanzadas están transformando el trabajo, la educación, la salud y la vida cotidiana a una velocidad que supera nuestra capacidad para comprender todas sus consecuencias.

Chile no está ajeno a estas transformaciones.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

A modo de ejemplos, nuestro país experimenta una de las caídas de natalidad más profundas del mundo. Para 2026 se calcula que la tasa global de fecundidad estará entre 0,92 y 0,99 hijos por mujer, muy lejos del nivel necesario para el reemplazo generacional. Al menos un tercio de nuestra población ubicada entre los 18 y 24 años enfrenta síntomas de depresión y ansiedad. Estas cifras no representan únicamente fenómenos demográficos o psicológicos. Nos hablan también de una sociedad que mira el futuro con incertidumbre.

Y junto a esto emerge otro fenómeno quizás aún más preocupante: la desesperanza. No solamente por la carencia de bienes materiales, sino también por la ausencia de horizontes, o sea, una dificultad para imaginar un mañana mejor. La sensación, especialmente entre muchos jóvenes, de que el futuro dejó de ser una promesa para convertirse en una preocupación.

Ante este escenario cabe hacerse una pregunta sencilla: ¿Qué puede o debe hacer una universidad frente a este escenario? Más aún, ¿qué puede o debe hacer una Universidad Católica y Pontificia como la nuestra, de vocación pública, comprometida con la excelencia y con una profunda e histórica vocación pública?

La respuesta no es tan clara ni sencilla. Porque la propia institución universitaria vive inmersa en una realidad compleja. Nos desenvolvemos entre indicadores, rankings, procesos de acreditación, sistemas de aseguramiento de la calidad, rendiciones de cuentas y otras múltiples exigencias regulatorias. Todo ello es importante y necesario. La sociedad tiene derecho a exigir calidad, transparencia y responsabilidad.

Pero existe un riesgo. Que la urgencia termine desplazando lo importante. Que los indicadores terminen ocupando el espacio de la reflexión. Que la eficiencia sustituya al sentido. Y con ello, que la universidad, institución creada para pensar el largo plazo, termine prisionera del corto plazo. Las primeras universidades nacieron hace casi nueve siglos en occidente, precisamente porque la sociedad comprendió que necesitaba lugares donde el conocimiento pudiera cultivarse con libertad, dialogar con distintas disciplinas y buscar la verdad sin quedar subordinado exclusivamente a las urgencias del momento.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

Como señalara el cardenal John Henry Newman, una universidad es, ante todo, “un lugar donde se enseña el conocimiento universal”. No un espacio para acumular información, sino para comprender la realidad en su totalidad y compartirla. Karl Jaspers sostuvo a su vez que la universidad no existe únicamente para transmitir conocimientos, sino para buscar la verdad en diálogo permanente con los problemas de su tiempo. Su responsabilidad no consiste en adaptarse pasivamente a la realidad, sino en comprenderla críticamente y contribuir a transformarla mediante el conocimiento, la formación de personas y el debate intelectual.

Desde esta perspectiva, las universidades y quienes formamos parte de ella, debemos asumir la misión de ayudar a la sociedad a imaginar el futuro. Porque el futuro no aparece espontáneamente: se piensa, se conversa, se investiga, se crea, se construye.

Al respecto, la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* recuerda que la universidad nace del compromiso permanente con la búsqueda de toda la verdad sobre la naturaleza, la persona y Dios.

Esa búsqueda no constituye un ejercicio abstracto ni aislado de la realidad; exige que el conocimiento se ponga al servicio de la dignidad humana y contribuya a ofrecer respuestas a los grandes desafíos culturales, sociales y científicos de cada época. En la misma dirección, el Papa León XIV, en su reciente encíclica *Magnifica humanitas*, advierte que la humanidad enfrenta una decisión clave: construir una nueva Babel dominada por el poder tecnológico o edificar una sociedad donde la dignidad de cada persona permanezca en el centro. El Pontífice recuerda que “cada generación recibe como herencia la tarea de dar forma a su propio tiempo”.

Pienso que estas palabras interpelan directamente a nuestra universidad.

Porque formar profesionales seguirá siendo esencial, generar investigación continuará siendo irrenunciable, vincularnos con el medio será cada vez más importante. Pero, quizás ha llegado el momento de dar mayor fuerza a otra responsabilidad igualmente decisiva: ofrecer a la sociedad un espacio donde todavía sea posible detenerse a pensar. Pensar sin la presión inmediata del resultado, pensar más allá de la postulación al proyecto, pensar más allá de la próxima publicación o de su incentivo. Pensar el país y el mundo que queremos construir para dentro de veinte, treinta o cincuenta años.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

Las tecnologías emergentes, la inteligencia artificial, la robótica, la biotecnología o la computación cuántica modificarán profundamente las profesiones que hoy conocemos. Muchas desaparecerán. Otras aún ni siquiera existen. Nadie puede anticipar con precisión ese futuro. Pero precisamente porque no lo conocemos, necesitamos una universidad capaz de imaginarlo.

Una universidad donde la ingeniería dialogue con la filosofía; donde las ciencias conversen con las humanidades; donde las ciencias sociales trabajen junto a la inteligencia artificial; donde la teología, el derecho, las artes y las ciencias agronómicas contribuyan conjuntamente a responder preguntas que ninguna disciplina puede resolver por sí sola.

No se trata únicamente de innovar, se trata de cultivar imaginación moral. Ésta es probablemente, uno de los grandes aportes que una universidad católica, esta universidad católica, puede ofrecer al mundo contemporáneo. Porque cuando una sociedad pierde la capacidad de imaginar el futuro, termina administrando únicamente su presente. Y cuando una universidad deja de pensar el mañana, corre el riesgo de convertirse simplemente en una excelente administradora del ayer.

En este marco, es que me atrevo a hacer una propuesta a este Claustro y a nuestra Rectoría. Una propuesta que puede enmarcarse en nuestro tránsito al centenario: crear la Cátedra institucional “Pensando en el Futuro desde la PUCV”, proyectándola como un espacio en donde todas y todos quienes conformamos esta comunidad nos tomemos el tiempo para “salirnos de la caja”, soñar, delinear y compartir propuestas y lineamientos para la construcción del mañana, de un mejor mañana. Sin duda, una cátedra como ésta no dará respuesta a todas las interrogantes de nuestro tiempo, pero si honraremos con ella, unos de los principios esenciales del humanismo: Pensar Juntos.

Hacerlo, después de casi nueve siglos de historia universitaria en Occidente, quizás sea la mayor innovación que hoy podemos ofrecer al país, recuperar el coraje de imaginar el mundo que todavía no existe, pero que estamos llamados a construir desde las confluencia de los saberes que cultivamos.

Muchas gracias.